

LEER Y RELEER

Edición No. 14, abril 1997

Sistema de Bibliotecas Universidad de Antioquia

CARTA CON CARTILLA

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

CARTA CON CARTILLA

Para Patricia

"Me pides una cartilla de instrucciones para enseñar a redactar. Es una trampa y es también una tentación. Una trampa porque redactando unas instrucciones, seguro se hará evidente que no sé redactar, que a pesar de mi empeño, aún no empiezo a aprender. Pero es una tentación intentarlo.

Con la anterior nota encabezó el escritor Darío Jaramillo Agudelo la respuesta a Patricia Londoño, profesora del Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia, quien dice:

"El semestre pasado (1996) el Departamento de Historia ofreció el curso *Los Historiadores y el oficio de escribir*, diseñado para ayudar a adquirir, con gusto, destreza para redactar los trabajos académicos.

Cuando estaba elaborando el programa le pedí a Darío Jaramillo Agudelo (a quien varias veces escuché la cantaleta de que *a escribir se aprende lo mismo que a montar en bicicleta*) una nota que alguna vez escribió sobre el tema. No la encontré, pero me envió esta carta con una práctica cartilla para principiantes.

La usé con éxito en el curso y desde entonces ha sido fotocopiado una y otra vez. Hasta ahora que, gracias a los buenos oficios del Director del Departamento de Publicaciones, llega *Leer y releer*".

CARTA CON CARTILLA

(Acerca del buen escribir)

Por Darío Jaramillo Agudelo

1. El lenguaje oral y el lenguaje escrito no son iguales. Esta afirmación se prueba con un experimento: transcribir una exposición verbal. De inmediato se notará que el lenguaje hablado –sucesivo en el tiempo- está lleno de repeticiones de palabras, de énfasis tonales, de circunloquios que no son de recibo en el lenguaje escrito, no sucesivo en el

tiempo sino simultáneo sobre la página y que exige un orden que no posee la exposición oral.

De esta diferencia radical se sigue un escolio: así como el individuo gasta sus años en dominar el lenguaje hablado, también el aprendizaje del lenguaje escrito necesita tiempo y dedicación. ¿En qué consiste este aprendizaje? Hay dos extremos, el primero – el de la excelencia- es el dominio de la escritura como arte, producto de vocación, dedicación y talento de algunos privilegiados, como García Márquez. El otro extremo es el mero conocimiento de la caligrafía para poner por escrito, con torpeza y miedo, algunas ideas deshilvadas.

El aprendizaje que se le exige a un profesional, a una persona culta, ha variado con el tiempo. Durante muchos siglos la expresión escrita debía ser un idioma distinto al hablado. Hasta el siglo XVIII muchos textos se escribían en latín. En algunas épocas – recurrentes- el dominio de la escritura consistía en el conocimiento de mundos simbólicos, de analogías que exigían ingenio y erudición.

En tiempos más cercanos, la medida de la calidad de la escritura se definía por un valor difícil de establecer: la elegancia. El texto escrito, aun el manual más descriptivo, estaba tocado por un tono radicalmente diferente al del habla, empeñado en cierta solemnidad, aún en cierto engolamiento, cuyos restos arqueológicos son la retórica parlamentaria de hoy.

En nuestro tiempo, la calidad del lenguaje escrito se mide por la claridad. El adorno, antes estimado, puede estorbar, el circunloquio es defecto. No me refiero a la escritura artística, donde el toque personal es válido; sólo que antes de llegar a ese nivel es preferible aspirar al paso anterior, donde el lenguaje escrito es instrumento para la transmisión de ideas.

Estamos en una época en la cual escribir bien es escribir claro. Escribir no es fácil. Dice Cocteau: “que con lo fácil que parece, no se note el trabajo que costó”.

Para expresar con claridad una idea, lo primero que se requiere es tenerla clara. Es imposible expresar con nitidez aquello que apenas se vislumbra confusamente. Este asunto, sin embargo, escapa a unas instrucciones que se encaminan a dar consejos práctico sobre la escritura, y no propiamente sobre la capacidad de discernimiento.

La claridad consiste en lograr que la idea que se quiere transmitir llegue sin estorbos, sin equívocos, ordenadamente, al lector. Que el empaque no se note.

El propósito permanente de un texto de narración histórica es que sea diáfano. Es un error táctico proponerse otros fines, tales como la profundidad o la originalidad, pues resultan alambicados, pretenciosos y retorcidos.

Hay textos que resultan profundos y originales porque el mensaje que expresan es original y profundo. Pero jamás se conseguirán la profundidad y la originalidad como fruto de la mera redacción. "Como serán por dentro las cosas, si por fuera son tan profundas", dijo un poeta.

2. ¿Cada cuánto tiempo escribe? ¿Cuándo fue la última vez que escribió? La mayoría de respuestas a estas dos preguntas denuncian en casi todo el que las responde una lamentable falta de práctica en la expresión escrita. De ahí se sigue, casi siempre, un comentario de los estilos siguientes:

- Yo no sé escribir. (Tiene razón)
- No tengo facilidad para escribir. (Cierto)
- Me cuesta mucho escribir. (Ciertísimo)

Lo importante aquí es subrayar que lo que uno sabe lo aprende, tener dificultad para cualquier actividad no la hace imposible. Al principio cuesta más, como cuando se inicia cualquier entrenamiento, pero gradualmente se adquiere práctica y se vence el temor reverencial a la palabra escrita.

Esto se parece a:

- Un programa de entrenamiento.
- Aprender a tocar un instrumento.
- Hacer gimnasia.

Me refiero a que todo empieza con unas rutinas.

-¿Con qué escribo?

Definir que se ajusta más a mi comodidad, a mi gusto: lápiz –en ese caso tener varios, tener sacapuntas-, esferográfico, plumígrafo, directo sobre el teclado. Cada uno sabe qué instrumento le satisface más. O debe definirlo.

-¿Sobre qué?

Un cuaderno, una libreta con líneas, en papeles sueltos, sobre la pantalla. Siempre es recomendable definir estas materias en función de la comodidad.

-¿Dónde?

Tener un lugar fijo, un territorio, ayuda a la concentración. Son importantes la buena luz –ojalá entrando desde la izquierda- y la comodidad del cuerpo, principalmente de la

espalda. Y estar lejos de las interrupciones. Es imposible escribir y conversar, escribir y cocinar, escribir y ver televisión, al tiempo.

-¿En que posición?

Hemingway escribía sobre un atril, de pies. Luis Vidales decía que escribía desnudo y acostado, pero en general, la posición más convencional es sentado, apoyado sobre una mesa. Un poeta colombiano dice que para escribir se necesita una mesa, una musa y una moza.

Lo esencial de estas rutinas es facilitar el proceso de la escritura, de modo que la velocidad de la mano fluya y el cerebro se acomode a esa velocidad sin acoso.

-¿Qué tener cerca?

Mínimo un diccionario de significados, el Larousse o el diccionario de la Academia. Ojalá, también, un diccionario de sinónimos.

-¿A qué horas?

Es importante establecer el hábito. Hay individuos noctámbulos, que se concentran mejor en el silencio de la noche. Los diurnos, madrugadores.

3. Lo primero es el contenido. Cuál es el mensaje. Qué piensa transmitir.

Por esto, su primera preocupación al escribir consiste en vaciar su idea. Para esto trate, antes de hacer un esquema que le dé un rumbo, como quien traza un plano, como quien mira el mapa del camino que recorrerá. Y luego escríbalo, pensando en su idea.

En esta primera etapa de la escritura no se preocupe de la forma ni del orden. Ante todo: no tenga más de un problema por resolver al tiempo. Si usted, inexperto o inseguro de su expresión escrita, además del contenido de su texto, intenta simultáneamente hacerla clara, fluida, ordenada y sin repeticiones, se arma un lío. No se preocupe de la expresión correcta y transparente. En la primera etapa ocúpese tan solo del contenido de su mensaje. Lo primero es el qué".

Una de las ventajas de la lentitud y de la deliberación analítica de cada palabra que exige la escritura, consiste en que a uno se le ocurren ramificaciones, derivaciones, precisiones, distingos, datos: inclúyalos en el momento en que se le ocurren (entre paréntesis, si es del caso). Luego llegará el momento de aprovecharlos, descartarlos, darles un orden.

4. ¿Terminó de escribir todo su "qué"? ¿Está seguro? Pues si terminó su "qué" y piensa que ya

acabó de escribir, está totalmente equivocado.

Cuando está en este punto es cuando comienza el verdadero proceso de escritura.

Enseguida va un solo párrafo dedicado a destacar la importancia de una frase:

Escribir es corregir.

Escribir es corregir. Lo más impresionante –y abrumador- de la escritura es que todo texto es, siempre, susceptible de mejorar. Muchos editores de literatura prefieren que la corrección final de las pruebas de los libros no la realicen los autores, pues éstos suelen seguir corrigiendo obsesivamente hasta la víspera de la impresión.

Escribir es corregir y la corrección comprende varias etapas distintas entre sí. Esto es importante porque cada etapa debe realizarse una por una.

Es necesario corregir el conjunto, cada párrafo, cada frase, cada palabra: en realidad, aquí estoy enunciando una metodología que va del conjunto al detalle, del todo a las partes.

En la lectura de conjunto se impone la necesidad de controlar el orden general del discurso. Que el texto tenga un desarrollo coherente, un principio y un final, que el lector no tenga que dar curvas y mucho menos devolverse en la lectura.

Si el objetivo de texto es una narración, lo que más ayuda es el orden cronológico. Si es una descripción, se aconseja ir del conjunto al detalle. Si es conceptual, igualmente, desarrollar de la idea principal a sus ramificaciones.

Después de la corrección global, es importante revisar cada párrafo: las repeticiones de palabras, la conjugación de los verbos en el mismo tiempo, la puntuación.

Después, frase a frase. Que sea coherente, que esté bien ordenada (sujeto-verbo-complemento) y la ortografía.

Un párrafo sobre la ortografía.

La ortografía se tiene o no se tiene. Cuando no se tiene es muy importante revisarla y corregirla, pues un error de ortografía hace dudar de lo que estamos diciendo. Quien no tiene buena ortografía, pierde credibilidad.

Y unos párrafos finales sobre la corrección frase a frase:

- Ensaye a leer cada frase sin los adjetivos que contenga; es una buena manera de juzgar si el adjetivo no agrega nada al significado; “cuando el adjetivo no da vida, mata”, decía un poeta de Chile.

- Todos tenemos muletillas (yo, además, soy propietario de unas muletas): es muy importante limpiar la prosa de esas frases que sirven de apoyo al pensamiento pero de obstáculo a la transmisión del mensaje.
 - Es recomendable mirar las frases negativas. En general ("en general" es una mentira mía), es de más fácil comprensión una frase expresada en sentido positivo. Al contrario, una negación es difícil y una fila de negaciones puede llegar a ser incomprensible.
 - La precisión en el lenguaje es parte de la claridad. Creo que el género más difícil es el de las "instrucciones prácticas": las *directions* de las sopas enlatadas, me parecen una obra de arte de la redacción. El secreto consiste en llamar cada cosa o cada acción con su nombre o con su verbo apropiado. En nuestro idioma existen sustantivos y verbos "fáciles": hacer, ser, tener, cosa, objeto, todos vocablos absolutamente necesarios cuando se precisa, pero que se usan como remplazo de palabras menos vagas.
5. Y con esta me despido: sí. El género más difícil de la escritura consiste en dar instrucciones prácticas. Releyéndome, confirmo que mientras escribía violaba todas las reglas que prescribí.

Un beso,

Darío

DARÍO JARAMILLO Y LA DÁDIVA DEL BUEN ESCRIBIR

En su ya larga trayectoria como escritor, Darío Jaramillo Agudelo (Santa Rosas de Osos, Antioquia, 1947), se ha referido a sus lectores sobre todo en lenguajes del humor, el amor y la ironía, propios de un espíritu muy libre en el acto creativo, y absolutamente necesarios en una sociedad muy seria y trascendental.

Si el prurito premeditadamente desacralizador de muchos de sus contemporáneos, la poesía de Jaramillo Agudelo no alindera en ningún grupo o tendencia y se mueve sola y amorosa por el territorio sin dueño de la literatura nacional.

Libros como *Historias* (1974), *Tratado de retórica* (1978, Premio Nacional de Poesía), *77 poemas* (1978) y *Poemas de amor* (1989), son la evidencia de una poesía decantada, que nada tiene que ver con lastres como la "poesía convencional", "antipoesía" o "poesía urbana", que tanto pretendieron en la "insurrección" de la poesía colombiana en los años setentas.

Amor, celebración, evocación, felicidad, son puntales en la escritura de alguien que en muchas ocasiones desdeña la escritura, o al menos su brillo de probable privilegio, de oficio que instala en predios de la *cultura*.

Por ellos entra Darío Jaramillo, en mangas de camisa al poema y, como gozándose todo, ríe de todo, también del poema: "La poesía, esa batalla de palabras cansadas; nombres/ de cosas que el ruido escamotea; / llegan los fieles a reconocer el signo, heráldica donde/ cada rito tiene su lugar; / allá la cornuscopia, al ara, el gerifalte, aquí muy cerca/ una noche y una estrella: / amplia red de sonidos que ocultan este corazón/ aterido y amargo, un gajo de uvas verdes,/ el silencio irrepetible de una calle de mi infancia./ La poesía: este consuelo de bobos sin amor ni/ esperanza,/ borrachos por el ruido del verbo, aturdidos por cosas/ que significan otras cosas, sonidos de sonidos./ Prefiero mirar tus cartas que leerlas; de súbito dibujas/ un beso;/ la poesía: esta langosta, esta alharaca; esta otra cosa/ que no es ella,/ la risa de Alejandra, el esplendor de tantos sueños/ sileciosos,/ una forma callada". (El oficio).

El primero de sus *Poemas de amor* ("Ese otro que también me habita,/ acaso propietario, invasor quizás o exiliado es este/ cuerpo ajeno o de ambos,/(..) el dueño de mi embrollo, el pesimista y el melancólico/ y el inmotivadamente alegre,/ ese otro,/ también te ama") fue elegido por votación popular el mejor poema de amor de la poesía colombiana en 1989, lo cual concuerda con la que puede considerarse (ya no por votación sino por mero gusto personal) la más rica expresión amorosa de nuestra poesía. Por fácil, por fresca, por directa, por no parecerse más que así misma.

Esta *Cartilla de instrucciones* es la moneda que al tiempo nos deja ver el lado de lo que se escribe por gusto y amistad ("por encargo"), y por el otro lo que en ello hay de útil y preciso documento, digno de leer y releer.

Exento de cualquier compromiso académico, es el sincero y desenfadado testimonio de quien ha escrito siempre de esta manera, y lo ha hecho aun en el género de la novela

(*La muerte de Alec*, 1983, *Cartas cruzadas*, 1996, y *Novela con fantasma*, 1996) y como crítico permanente y reseñador de libros.

Con el presente regalo que hace el poeta a los lectores de *Leer y releer* queda reconocida su vocación natural al don, al amor.

Luis Germán Sierra J.